UN AGÓNICO DESTINO EN *DOÑA LUZ DE VALERA*

Natividad Nebot Calpe

Valencia, España

Introducción

Juan Valera nació en Cabra, provincia de Córdoba, en 1829 y murió en 1905. Pertenecía a una familia aristocrática. Frecuentó la alta sociedad madrileña e ingresó en el cuerpo diplomático, lo que le facilitó con unos medios distintos a los actuales una serie de viajes: a Nápoles, Río de Janeiro, Dresde, San Petersburgo, Washington, Bruselas. Residió temporadas en Lisboa y Madrid. Fue embajador en Viena.

Los ambientes distinguidos en que vivió y su amplia cultura humanística lo convirtieron en un escritor refinado, de exquisito gusto y de amplios y selectos ideales estéticos.

Conoce perfectamente los recovecos más profundos del alma humana. Muestra suma maestría en el análisis y en la descripción de los sentimientos, estados de ánimo, actitudes, reacciones y pensamientos de los personajes, que se caracterizan por su riqueza psicológica.

Antes de escribir *Doña Luz* había tratado el enfrentamiento entre el amor humano y el amor divino en otra novela, *Pepita Jiménez*, donde al final se establece el triunfo del amor humano entre los protagonistas.

Vuelve a tratar este mismo tema en *Doña Luz*, pero aquí el conflicto es más profundo, más dramático, hasta el punto de llevar al protagonista a un "dolorido sentir" en lucha consigo mismo: la agonía según el concepto unamuniano. Valera resuelve el conflicto de forma muy peculiar.

Ambientes y personajes andaluces

El lugar en que se desarrolla la acción de *Doña Luz* tiene nombre ficticio, aunque se halla ubicado en Andalucía. Se trata de Villafría, que goza de ricos hacendados, buenas casas y frondoso término.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera

Centro Virtual Cervantes

La protagonista, doña Luz, es hija natural de un marqués arruinado que ha vivido siempre en Madrid y al final de su vida vuelve al terruño. Sus fincas las ha ido adquiriendo el administrador. A éste le confía el marqués, antes de morir, a su hija de quince años, y comenta que es huérfana de madre desde la más tierna infancia..., pero al final del relato se desvela la identidad de la madre, recién fallecida.

Desaparecido el marqués, el administrador intentó adelantar el dinero para la transmisión del título nobiliario que le correspondía a doña Luz, mas ella no quería significarse, le parecía ridículo a su edad ser marquesa y no lo consintió.

Cuando comienza la acción de la novela, la protagonista ha cumplido ya veintisiete años. Educada por un aya inglesa era la pulcritud personificada. Y añade Valera:

> Su buen natural, rectamente encaminado en su niñez y en su adolescencia por las lecciones del aya, no le había abandonado nunca. Doña Luz, sin sibaritismo, con la severidad de quien cumple un deber, había cuidado, y seguía cuidando en el lugar, de su alma y de su cuerpo.[1]

Entre sus demás cualidades destacan la diligencia, pues era madrugadora, nada ociosa y siempre trabajaba en algo útil para el hogar. Era hermosa y todo el mundo la admiraba; montaba a caballo; no esquivaba la conversación con las gentes, pero era difícil hablar a solas con ella. Tuvo muchos pretendientes; novio, no. Sentía invencible repugnancia hacia todo lo vulgar, plebeyo y pueblerino, mas lo sabía disimular. Por ello no aceptó a ningún pretendiente y tuvo varios, todos ricos hacendados En suma, era una mujer fuera de lo normal, elegante y distinguida.

Vivía en casa del administrador don Acisclo, acompañada por la vieja criada Juana, y le entregaba a éste más de la mitad de sus rentas, ocho mil reales, y el resto lo empleaba en vestir, comprar algunos libros y en obras de caridad. Conservaba sin venderla su casa solariega con los antiguos muebles y dos criados. Su único capricho era un magnífico caballo negro en el cual solía salir a pasear en compañía de don Acisclo o del criado Tomás, también de su amiga doña Manolita.

Don Acisclo vive como un rico hacendado. La casa en que habita tiene un gran comedor y otro pequeño para diario; dispone asimismo de varios salones, que sólo se abrían en determinadas celebraciones. En el piso principal había dos chimeneas francesas, que eran más de adorno que para calentarse; otra de campo, de muchísimo tiro, donde se calentaban los señores. En el lugar donde se hallaba había perdices disecadas, escopetas y otras armas colgadas, cabezas de ciervos, búhos, zorros, tejones y garduñas, también disecados.

[1] Juan Valera, *Doña Luz*, en *Obras completas, I*, Aguilar, Madrid 5ª edición, 1968, p. 37.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

En el piso bajo vivían en verano. Tenía el típico patio andaluz, ancho, con toldo, enlosado de mármol y en el centro la fuente con su taza también de mármol, donde caía el agua clara en surtidor. Lo adornaban macetas de flores y aromáticas hierbas. Alrededor del patio se veían arriates con bojes, que formaban bolas y pirámides, y rosales de enredadera, jazmines y naranjos que revestían el muro por encima de los balcones del primer piso. Al patio daba el despacho de don Acisclo, para tratar con chalanes, corredores, rabadanes, operarios, capataces y caseros, pues era labrador bastante acomodado. De este patio cuidaba doña Luz. La casa la gobernaba el ama de llaves, la señora Petra, de cincuenta años, con cuatro criadas a sus órdenes: dos para limpiar, otra cosía, zurcía y planchaba, la cuarta guisaba. Vivían en el piso principal.

Había en el piso bajo una sala, llamada la cuadra, tapizadas sus paredes de damasco. Se guardaban en ella imágenes sacras, que daban fama a la casa. Es una costumbre propia de Andalucía custodiar en algunas casas solariegas estatuas religiosas que se sacan en las procesiones de Semana Santa. En la de don Acisclo se guardaba la Cena del Señor, con Cristo y los doce apóstoles, de cuya cofradía era hermano mayor. Salía el Jueves Santo en procesión, en andas llevadas a hombros por cincuenta ganapanes pagados generosamente por don Acisclo. El Miércoles Santo estaba expuesta a la veneración de los fieles de Villafría y ello constituía un acontecimiento. La noche del Jueves Santo don Acisclo invitaba a cenar a todos los cofrades. Se daba una cena típica andaluza: potaje de habas, cornetillas picantes[2], cazón[3] en ajo de pollo, bacalao con tomate o en albóndigas, a veces hasta serafines fritos[4]; de postre, pestiños[5], y como bebida vino añejo. Los señores tomaban chocolate con hojaldres, empanadas, hornazos[6], tortas de varias clases, como por ejemplo, de polvorón y de aceite.

Al lado del caserón se hallaba la casa de campo donde vivían a sus anchas los criados. Allí estaban las dependencias para determinadas labores relacionadas con la agricultura y la ganadería: el alambique, el lagar, el alfarje y prensas para la aceituna y la uva. Todo era propio de un rico hacendado que sabe llevar sus negocios. Dormían en ella el aperador, su mujer y los cuatro chiquillos. También dormía un mozo junto a las caballerizas, cuidaba de los caballos, de los patios y corrales. Los jornaleros, el mulero, los caseros, los viñadores, los picadores, los del molino y la demás gente que se empleaba en las faenas agrícolas salían y entraban y tenían alojamiento allí, donde había sitio suficiente, como suele ocurrir en las casas de los potentados andaluces.

En aquella época los señores tenían la arraigada costumbre de reunirse en tertulia todos los días, alrededor del hogar en invierno, para intercambiar sus ideas y entretenerse. Y doña Luz lo hacía en casa de don Acisclo, con éste, con don Miguel el

---

2 Pimiento de cornetilla.
3 Es un tipo de pescado.
4 Los boquerones se llaman así en Andalucía.
5 Porción de masa de harina y huevos batidos, que después de frita en aceite, se baña con miel.
6 Rosca o torta guarnecida de huevos que se cuecen juntamente con ella en el horno.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

cura de la parroquia, con el médico don Anselmo y con la hija de éste doña Manolita, siete años más joven que ella. Doña Luz, a veces, jugaba al tute con don Miguel. Estos eran sus únicos amigos. Evitaba la intimidad con otras personas. Los tres caballeros de la tertulia eran ancianos y ello le daba cierta seguridad. Comenta Valera:

> Hasta las relaciones amistosas de doña Luz con el médico, con el cura y con don Acisclo, eran invariables: estaban siempre en el mismo ser sin crecer ni sin menguar.
>
> Sólo en las relaciones con doña Manolita hubo variación aumentando la intensidad en el afecto.[7]

Doña Manolita se casó pronto con Pepe Güeto y a partir de entonces frecuentaban los dos la tertulia.

Cuando llega de las misiones, de tierras lejanas, a Villafría un fraile, el padre Enrique, sobrino de don Acisclo, se instala en el caserón solariego de doña Luz con un criado; se desplazaba a casa de don Acisclo y también formaba parte de estas tertulias, donde se charlaba por los codos y la que más hablaba era doña Manolita. No acudía como suelen hacer otros sacerdotes al casino, no frecuentaba la tertulia del boticario, no tenía idea de política, no visitaba a las señoras devotas del lugar. La gente creía que no servía para nada. Aclara Valera:

> Por fortuna, era tan dulce el padre, que no podía mover a odio, y tan silencioso y modesto, que no excitaba la envidia. Todo se redujo a que le olvidasen, viéndolo; género de olvido que ocurre con frecuencia.[8]

Don Acisclo es el típico cacique andaluz. Tiene dinero y además quiere y busca influencias. Por ello se había obstinado en dedicarse con todo su ímpetu a promocionar como diputado al madrileño brigadier de caballería, don Jaime Pimentel Moncada. Pero cuando comenzó su entusiasta proyecto, el padre Enrique intentó disuadirlo para que no se mezclase en política y no lo consiguió.

Relación del padre Enrique y doña Luz

El hecho de que doña Luz viva en casa del tío del padre Enrique propicia la amistad entre ambos. El padre Enrique se relaciona con muy pocas personas y sólo se explayaba ante el grupo de tertulianos en casa de su tío, a los que consideraba sus amigos. Sus narraciones eran amenas y elevadas. Siempre se ponía de parte de doña Luz cuando ésta disputaba con don Anselmo, que no cedía jamás y se dejaba llevar por su enraizado positivismo, contrario a los ideales ortodoxos de ella.

---

[7] Juan Valera, *Doña Luz*, p. 46.
[8] Ibídem, p. 55.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

Debido a su precaria salud, los médicos le habían recomendado al fraile que no volviera a Filipinas antes de encontrarse repuesto de sus dolencias. Su permanencia en Villafría había de ser por tanto de dos a tres años.

Doña Luz lo admiraba con veneración y creía ver en él un tesoro de santidad. Él tenía cuarenta años y ella veintisiete. En cierta ocasión salieron a caballo a dar un paseo en compañía de doña Manolita y de Pepe Güeto. Fue doña Luz quien logró que les acompañara el padre, pero ella fue tan imprudente que estuvo a punto de caer de la cabalgadura; él le ayudó y la reprendió con cortesía y firmeza. Añadió que podría ser motivo de escándalo el verlo correr y saltar de aquel modo. Prometió no volver a salir nunca más a caballo y cumplió su promesa. Comenta el autor:

> Esta misma firmeza de voluntad encantó a doña Luz, aunque iba contra sus gustos y caprichos. La paz y serenidad de espíritu del padre la tenía maravillada, y aún más su perspicacia.[9]

Llegó el Jueves Santo y en casa de don Acisclo se echó la casa por la ventana, en el convite que se celebraba todos los años en honor a los cofrades de la Santa Cena. Sin embargo, no le agradaban estas reuniones tan pueblerinas a doña Luz y tampoco al padre Enrique, almas selectas.

Fue creciendo la afición de doña Luz al trato del fraile y deseaba los coloquios con él, en los que descubría discreción e ingenio, selección en el pensar y sublimes sentimientos, en suma, elevación de espíritu. En esta inclinación no veía ningún peligro, consideraba al padre un santo, no un hombre. Dice el autor:

> Era tal el candor de doña Luz, que hubiera dicho al padre los sentimientos que le inspiraba, si no hubiera temido ofender su modestia o mostrarse aduladora. Pero aunque nada le decía, harto le daba a entender su extraordinaria predilección, atrayéndole de continuo y no hallándose a placer sino cuando lo tenía a su lado, le hablaba o le escuchaba.[10]

El padre Enrique se sentía atraído por ella con mayor fuerza que por todas las demás personas que conocía en Villafría o que había conocido en su vida. Le parecía natural este trato de doña Luz. No le sorprendía ni veía en ello ningún inconveniente ni ningún peligro. Comparaba su predilección con la que le tuvieron los indios, chinos o anamitas, allá en las misiones, con la salvedad de ser la inclinación de doña Luz de más valor por la excelencia de la persona. El padre encontraba en ella múltiples cualidades: cultivado espíritu, un corazón lleno de nobles y puros afectos, inteligencia, discreción, amabilidad. Para él era un ser muy superior a cuantos le rodeaban. Apenas se fijaba en la belleza y elegancia del cuerpo y rostro de doña Luz, ni en la distinción de los modales. Se complacía en las profundidades de su alma, donde resplandecían

[9] Ibídem, p. 58.
[10] Ibídem, p. 63.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

sus pensamientos, que coincidían con los suyos, pero más cautivadores. En resumen, el padre Enrique y doña Luz sin confesárselo a sí mismos estaban enamorados uno del otro, al menos platónicamente.

Todas las conversaciones entre ellos eran en presencia de don Anselmo, de don Acisclo, de Pepe Güeto y su mujer, y del señor cura. En ocasiones se encontraron a solas los dos en la casa o bien dialogaron sin oyentes cuando salían de paseo con Pepe Güeto y doña Manolita y estos se adelantaban o se quedaban atrás. Añade Valera:

> ...Entonces, en estos diálogos a solas, sin reflexionarlo ni él ni ella; sin que fuese circunspección estudiada, lo cual implicaría un temor de que ambos se veían exentos, sino por instintiva, inocente y santa delicadeza, por pudor inconsciente, por recato santísimo del corazón, jamás hablaban ellos de sus propias personas, ni de lo íntimo de las almas...[11]

Sin embargo, doña Luz con suma habilidad, como suelen actuar la mayoría de las mujeres, había sabido inducir al padre ante los demás contertulios a que hablase de sí mismo, de sus andanzas, de los peligros que había corrido y de las penalidades y fatigas allá en tierras de misiones. Él, seducido por el trato tan exquisito de ella, no forjó ningún plan, pero sí surgió en lo más hondo de su corazón, como entre nubes, una leve esperanza de un futuro lleno de ternura y de amistad. Comenta el autor:

> ...Doña Luz era casi seguro que no se casaría ya; lo mejor, pues, de su inteligencia se emplearía en comunicar con la del padre; su voz en hablarle; su oído en oírle; su más seria ocupación sería pensar en las cosas del Cielo, según el método y forma con que él pensaba; su deleite mayor hablar con él de Dios y del alma, y de toda verdad y de toda bondad y hermosura.[12]

Sin embargo, aunque en las poblaciones del tipo de Villafría abundan las lenguas maliciosas, nadie comentaba ni veía maldad ni depravación en la intimidad del padre y de doña Luz. Ello se debía a que en esa amistad no cabía el matrimonio y a que los mozos que habían sido rechazados por doña Luz no podían imaginar que a ella le gustase un fraile enfermizo y casi viejo. Si las mujeres suelen ser las que descubren o inventan aventuras y chismes, no había en Villafría ninguna que se considerara rival de doña Luz, porque ésta se había ganado el afecto de todos y pasaba inadvertida. Además tenía como amiga a doña Manolita, muy apreciada en el pueblo, así como su padre el médico, a quien tanto le debían por sus atenciones profesionales.

Casi todas las noches doña Manolita y Pepe Gueto se quedaban a cenar después de la tertulia en casa de don Acisclo, con él y con doña Luz. El padre se marchaba a su alojamiento en casa de doña Luz. Y una noche les confiesa don Acisclo que quiere dedicarse a la política. Así empieza la larga campaña para apoyar a su candidato don

[11] Ibídem, p. 64.
[12] Ibídem, p. 65.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

Jaime Pimentel, que, sin haber aparecido por el lugar, gana las elecciones. Ya con el acta de diputado se anuncia su llegada a Villafría y se hacen los preparativos para recibirlo, especialmente don Acisclo está ilusionado.

Después de esta noticia, en la tertulia y delante del padre Enrique, doña Manolita le gastó una broma a doña Luz, diciéndole que don Jaime iba a prendarse de ella en cuanto la viera, porque no podía sospechar que en un lugar tan apartado como aquel estuviese escondida una joya tan valiosa como ella. Tampoco se le olvidó alabar al diputado, tan distinto de los lugareños ricos que la habían pretendido. Ponderó su elegancia, su bizarría, su extraordinario talento, su gran porvenir. En tanto, doña Manolita, intencionadamente, miró de soslayo al padre y creyó ver que se había puesto más pálido que de costumbre. Sin embargo, éste permaneció callado y no dio su parecer.

Cuando se quedaron las dos amigas solas, doña Manolita le volvió a gastar otra broma, diciéndole que se arrepentía de haberle nombrado a don Jaime y de haberla embromado. Doña Luz le preguntó por qué motivo. Su amiga le aclaró que por temor de haber lastimado un corazón sensible. No entendía doña Luz a quién se refería y cuando le explicó doña Manolita que al padre Enrique, se puso roja de ira. Añade Valera.

> ...Toda la sangre de su cuerpo se diría que le subía a la cabeza. Todo el orgullo de su casta se agolpó y amontonó en su corazón. No vio más que ridiculez indigna que le creyesen objeto de la pasión de un fraile. Ella creía que un fraile la podía admirar por su talento, estimar por sus virtudes, venerar por su conducta intachable, y gustar de su trato y conversación, y complacerse de ser su amigo; pero enamorarse de ella le parecía tan absurdo, tan contrario a todas las conveniencias y leyes sociales y religiosas, tan monstruosamente feo y chocante, que no quería, ni podía, ni debía sospecharlo en persona del juicio, de la circunspección y hasta de la santidad que en el padre Enrique notaba.[13]

Doña Luz con mucho enfado le manifiesta a doña Manolita que lo que acababa de decirle era un insulto y una dura acusación contra el padre y contra su dignidad. Doña Manolita, que no esperaba esta reacción tan fuerte, quedó estupefacta, compungida, y acabaron saltándole las lágrimas. Doña Luz reconoció que había estado muy dura con ella y después de un amigable diálogo, quedaron tan amigas.

Cuando se halló sola doña Luz, recapacitó y pensó que lo que le había dicho su amiga bien podía ser verdad. Se preguntaba qué había hecho ella para inspirarle ese amor al fraile. Sus respuestas eran contradictorias y confusas. Unas veces se inculpaba, otras se absolvía. Dice el autor.

> ...Se condenaba al reconocer que ella había disimulado mucho menos que él la complacencia con que le oía, el contento que su vista le causaba, el

[13] Ibídem, p. 76.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

> deleite que su conversación le traía siempre y que ella, por instinto irreflexivo, pero depravado, gustaba de parecer hermosa y elegante a todos, y particularmente a las personas a quienes quería, entre las cuales no podía menos de incluir al padre.[14]

Se absolvía pensando que era lícito amar todas las virtudes espirituales, la ciencia, la amistad, el ingenio y la clarividencia que brillaban en el padre.

Pero llegó un día en que doña Luz pudo comprobar que la ponderación que doña Manolita le había hecho de don Jaime Pimentel la supera la realidad. La fama no había mentido y doña Luz deslumbrada, aunque al principio opone bastante resistencia, acaba casándose con el flamante político.

La agonía interna del padre Enrique

Las ilusiones del religioso se vinieron abajo ante el enlace de doña Luz y el diputado. Aunque acudía como siempre a la tertulia de don Acisclo, más bien para disimular su estado de ánimo. En la soledad de su habitación pasaba horas y horas leyendo y escribiendo. Escribía una obra extensa: una apología o nueva defensa del Cristianismo contra los ataques del panteísmo, positivismo y materialismo. No obstante, desde la llegada de don Jaime iba cada día quedándose menos en casa de su tío y, por tanto, permanecía más tiempo en su solitario cuarto. Tampoco se sentía inspirado para continuar su obra. Añade Valera:

> ...No se presentaba nada claro y concreto que decir. Un mar de pensamientos y de sentimientos se agitaba en su espíritu, como si viniese sobre ellos el más violento huracán, barajándolo y revolviéndolo todo, por donde, en vez de una creación armónica, brotaba el caos tenebroso.[15]

Pasaba largas horas sin escribir y sin hacer nada, ensimismado. Permanecía inactivo totalmente. Paseaba agitado por su aposento o se echaba en el sillón y se cubría el rostro con las manos, entregado a sus negros pensamientos.

Pero un día se puso a escribir en hojas sueltas y entonces le llegó la inspiración. Se iba desahogando con rapidez de lo que de verdad le afectaba. Valera reproduce entrecomillado y en desorden, el texto de la confesión del fraile, íntima, rebosante de dolor y de emponzoñados sentimientos, en los que doña Luz constituye el centro alrededor del que giran.

No obstante, desde que se entera del inminente casamiento de doña Luz, disimula perfectamente con una fuerza de voluntad férrea e incluso participa en la boda como testigo. Aclara el autor:

---

[14] Ibídem, p. 78.
[15] Ibídem, p. 90.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

> ...Nadie hubiera podido sospechar que aquel tranquilo y alegre testigo de la boda era el mismo que había escrito pocos días antes las apasionadas palabras que hemos leído.[16]

No quiso ser menos que doña Manolita y su marido y también la obsequió con un regalo dentro de sus escasas posibilidades. Se trataba de varias armas japonesas, chinescas e indias, con las cuales se podía formar una bella panoplia, y un extraño ídolo de bronce que representaba al dios Siva, traído todo de sus viajes.

Una vez casada doña Luz, a los doce días don Jaime se traslada a Madrid y ella vuelve a frecuentar la tertulia, que se reanuda en su misma casa, a la que se había trasladado a vivir después de la boda. El padre, como era lógico, se había aposenta-do en la de su tío. Asistían a la tertulia don Acisclo, don Anselmo, también el cura y doña Manolita y su marido, así como el fraile. Comenta el autor:

> El padre Enrique ni estaba más pálido, ni más flaco, ni más caído que antes. En su voz no se notaba jamás la menor alteración; nada de violento ni de atormentado en sus ademanes ni en su gesto.[17]

En la tertulia doña Luz lo miraba, lo examinaba con disimulo y quedaba tranquila al no hallar síntomas de la pasión que algunas veces había supuesto en él. Quiso que sus relaciones con el padre fueran las de siempre, pues todo cambio le parecía acusación de que antes había habido un sentimiento improcedente y que lo había extirpado de su alma. Añade Valera.

Pudo tanto en doña Luz esta idea, que casi extremó más que nunca sus muestras de cariño y predilección hacia el padre Enrique. Le tomaba la mano, le miraba con indecible ternura, le sonreía embelesada, le aplaudía como sentencias poco menos que divinas todas sus frases, y buscaba su conversación y se hechizaba con ella.[18]

Al padre todo esto le destrozaba más el pecho, pues sabía leer en los corazones y reconocía que no tenía ningún valor, que no era amor. No acudir a la tertulia o irse a otro lugar le parecía mísera flaqueza y confesión pública de su pasión. Tenía miedo de que llegaran a adivinar su amor hacia doña Luz. Prefería morir antes que ella supiera la verdad. Y para lograr esto el padre empezó consigo mismo la lucha más atroz. Constituyó un auténtico calvario amoroso. Comenta Valera:

> ...Ni enojo, ni envidia, ni celos, ni amor se propuso mostrar el padre Enrique, sino amistad finísima e inalterable como siempre. Y lo consiguió de tal modo que doña Luz acabó por desechar toda sospecha de que el padre la hubiera amado nunca.[19]

---

[16] Ibídem, p. 95.
[17] Ibídem, pp. 97-98.
[18] Ibídem, p. 98.
[19] Ibídem, p. 99.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

En este duro combate que se acentuaba en el silencio y disimulo; en esta aparente impasibilidad que adoptó; en esta dominación del espíritu sobre el cuerpo, se impuso el padre el más espantoso de los martirios. Representaba maravillosamente su papel ante doña Luz o en presencia de otras personas. Pero en el retiro de su aposento, solía caer desfallecido. Aclara el autor:

> ...Mal ahogados suspiros brotaban de su pecho, en el cual sentía opresión dolorosa; tenía vértigos, la vista se le nublaba, se le dormían los dedos o notaba en ellos calambres e insólito frío... y hasta se le trababa la lengua y tartamudeaba cuando hablaba con Ramón su criado.[20]

Le había prohibido a éste que llamara al médico o que comentara algo. Repetidos ataques de este tipo tuvo bastantes veces en la soledad. Diez días después de la partida de don Jaime tuvo otro de consideración. No había podido dormir, según contó después el criado. Estaba agitadísimo. Luego se durmió en un sueño fatigoso, acompañado de un ronquido o silbo a manera de estertor. Despertó y su rostro estaba demudado y ojeroso. Tenía inmóviles los músculos de la cara, paralizada la lengua, que no podía pronunciar palabra. Ramón, asustado, acudió en busca de don Anselmo el médico y llamó a don Acisclo. El médico diagnosticó una apoplejía fulminante. No fue posible salvarlo y pasó a mejor vida. El autor califica su muerte como "feliz tránsito", pues doña Luz estuvo a su lado, llorando, e incluso, sin testigos, lo besó, dándole así el último adiós lleno de consuelo.

Conclusiones

Debido al carácter moral tradicional de Valera no puede triunfar el amor entre doña Luz y el padre Enrique[21]. No se da la misma situación que en Pepita Jiménez, cuyo protagonista es solamente un seminarista, no un alma consagrada al Señor como el padre Enrique. Tampoco pueden caer los protagonistas en la bajeza deshonrosa de la relación carnal.

Doña Luz inmersa en un ambiente pueblerino busca refugio entre las personas más cultas: el médico, el cura. Por ello cuando llega el padre Enrique, hombre ilustrado, ella queda cautivada de su cultura, sabiduría y elevados pensamientos. No debe olvidarse que había rechazado a todos sus pretendientes, aunque acomodados, por su deficiente educación, falta de distinción, exquisitez de modales, profundidad de pensamiento y elevación de espíritu. No era pues atracción física, sino espiritual la que sentía por el clérigo. Había encontrado en él todo lo que inconscientemente deseaba de los aspirantes a su mano. Pero cuando doña Manolita le insinúa la posibilidad del enamoramiento del padre, se escandaliza y se rebela furiosa porque no puede tolerar que un fraile se

[20] Ibídem, pp. 99-100.

[21] No ocurre así en *Tormento* de Galdós, escritor de la época, no sujeto a las normas sociales, más liberal y menos idealista.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes

enamore de ella.

Sin embargo, esa admiración que ha sentido por el padre Enrique, su exquisitez de trato, le han hecho mucho daño a él, nada acostumbrado a tratar con mujeres de la categoría de doña Luz. Es normal que se enamore perdidamente, aunque sus intenciones son mantener una relación platónica con ella. Su pasión no puede ser otra que espiritual, dadas las circunstancias de su estado.

Mas aparece en el horizonte de doña Luz un hombre relativamente culto, joven, gallardo, elegante, con un brillante porvenir, al poco tiempo de haber quedado escandalizada por las palabras de doña Manolita, con referencia al padre. El galán es un hombre de mundo y sabe enamorarla. Ella, al principio, se muestra reticente y cauta, pero acaba casándose con él.

La agonía unamuniana es lucha, lucha consigo mismo[22]. El padre Enrique desde el mismo momento en que doña Luz inicia su noviazgo, establece entre su cuerpo y su espíritu una batalla titánica. No quiere que trasciendan sus sentimientos hacia ella. Esa batalla heroica constituye un gran esfuerzo, en el que todo su ser, alma y cuerpo, sufre amarga y cruelmente. No obstante él es un personaje enfermizo y no le es posible superar esa lucha entre sus sentimientos y las conveniencias sociales. Por eso acaba sucumbiendo, atrapado y vencido por una mortal apoplejía.

Precisamente cuando fallece el padre, doña Luz descubre la perfidia de su marido, que enterado de antemano de la herencia que iba a recibir ella a la muerte de su madre, una noble madrileña acaudalada, había utilizado todas sus artes de seducción para conquistarla y casarse con ella. Cuando lo descubre doña Luz reacciona enérgicamente y está a punto de enloquecer. Naturalmente, rompe con él.

Esta ruptura coincide con la muerte del padre Enrique. Llegan a manos de doña Luz las hojas escritas por el padre con tanto frenesí, en las que da rienda suelta a su amor por ella. Dolida por la actitud calculadora del marido, decide ponerle al hijo que espera, el nombre de Enrique, en memoria del religioso, Desde entonces guarda para siempre en su corazón el dulce recuerdo del desventurado fraile.

Se trata de una novela de amor frustrado, por ir contra las normas sociales de la época. Sin embargo, la protagonista, como rechazo contra el egoísmo y cálculo del marido, venerará y elevará por encima del olvido, el amor imposible del clérigo por ella, a la muerte de éste.

[22] También en *Tormento* se da esa agonía, después de haber mantenido el clérigo relaciones lascivas con la protagonista, a quien le aplica el nombre de Tormento, porque cuando cesan esas relaciones, le hace sufrir indeciblemente.

ACTAS XLI (AEPE). Natividad NEBOT CALPE. Un agónico destino en «Doña» Luz de Valera
Centro Virtual Cervantes